

M
4



244.54



1052819

SM 244

LA
DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

232.2
POR
MONSEÑOR DE SEGUR.

Tercera edición.

Traducida del francés

POR
D. F. CARDONA Y ORFILA, PRESBITERO,
Lic. en Teología y en Cán. Miembro de
várias Académias científicas y
Sociedades literarias de
España y del
extrangero.

Con permiso de la Autoridad Eclesiástica.



MAHON. Imp. de M. Parpal, 1869.

17. - 14098

LA
DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

por

FRANCISCO DE SALES.

Tercera edición.

Traducida del francés

por

D. F. CARDONA Y ORTILA, PRESBITERO.

Lic. en Teología y en Cán. Miembro de

varias Academias científicas y

Sociedades literarias de

España y del

extranjero.

Con permiso de la Autoridad Ecclesiástica



MADRID, Imp. de M. Lopez, 1859.

AL LECTOR.

No pudiendo ver ya con ojos secos, á fuer de español, y mucho menos aun mirar con los brazos cruzados en calidad de sacerdote católico, los desesperados esfuerzos que se hacen un dia y otro aquí, para envenenar con la mortífera lectura de los impíos cuanto desacreditados libros de E. Renan, á los habitantes de esta ortodoxa Isla, á quienes se intenta convertir nada menos que en ateos!: temiendo que la facilidad de adquirir tan nefandas producciones, haya colocado á estas horas al borde de la duda, sino precipitado en la incredulidad á algunos de estos buenos fieles: como no temo ofenderlos si supongo, que muchos de ellos ignoran el fallo unánime de reprobacion que han merecido las novelas del citado académico sobre Jesus y los Apóstoles, á todos los verdaderos sábios del mundo científico y literario contemporáneo; y como creo ignoran tambien el crimen de lesa-Divinidad del que acusan culpable á Renan á un mismo tiempo católicos, cismáticos y protestantes..... he resuelto vertir al castellano, sobre todo en obsequio de los señores suscritores á nuestra naciente Revista, unas pocas de las innumerables refutaciones publicadas contra él en su pais.

En esta traduccion, por várias razones fáciles de adivinar, deberé concretarme á las mas sencillas, breves é instructivas; que reunan á la pureza de doctrina la claridad y la precision: limitándome respecto de las mas ó menos voluminosas, científicas y didácticas, á ofrecer, para su lectura, porcion de las mas acreditadas

á cuantos gusten robustecer sus creencias y estender sus conocimientos sobre este particular interesante y fundamental; pues poseo entre otras á las que han dado á luz plumas tan renombradas como Dupanloup y Plantier, Passaglia y Gratry, Veuillot y Augusto Nicolás, Freppel y Bourgade, Lepelletier de la Sarthe, de la academia Imperial de Medicina; Loyseau, etc. etc.

— Mi primer ensayo se hace con la respuesta que ha escrito contra el apóstata Renan en 1864 Monseñor de Segur, autor de escelentes cuanto multiplicadas obras análogas, todas concienzudas eruditas y filosóficas, a mismo tiempo que sencillas claras y convincentes; entre las que descuella « La Revolucion », opúsculo que recomiendo cordialmente á todo católico interesado en conocer la verdadera causa de ese malestar general de Europa, y en saber el origen de los ataques que se dirigen desapiadadamente en estos malos tiempos contra la Iglesia y la Sociedad.

Desde luego que no pretendo de filólogo ó lengüista, ni siquiera de profesor de idiomas; espero de mis lectores, disimulen las faltas gramaticales que acaso cometa en esta y posteriores versiones; haciéndose cargo de que al darlas á luz no llevo otro fin que cumplir con un grato deber á todo soldado de la Iglesia, el de defender á Cristo y á los cristianos de sus comunes enemigos.

Mahon á 29 de Enero de 1869.

El Traductor,

¿ Es Jesucristo Dios ?

Un antiguo seminarista, hoy ateo, acaba de responder (2) negativamente á esta grande cuestion, y su libro sordamente patrocinado por las sociedades secretas, la francmasonería y los periódicos revolucionarios, se estiende (3) como sutil veneno no solo en Francia si que tambien en Italia, España, Inglaterra, Bélgica y en toda la Alemania.

Como en el presente opúsculo me dirijo únicamente á la buena fé y al sentido comun del lector, no haciendo caso alguno del aparato con que se presenta esa ciencia mediana engañosa y corruptora, afirmo que la negacion de Renan es una impudente mentira; y para

(1) Prólogo del Autor.

(2) En París 1863.

(3) Visto el fiasco que ha hecho entre los instruidos de corazon recto, solo puede estenderse ya entre hombres de entraña dañada, que van á equiparse de blasfemias sofismas y contradicciones en arsenal tan funestamente rico: ó bien entre sencillos, cuya candidez impide sospechen del título de dicha obra, y duden de la ponzoña ocultada con alevosía bajo sus hipócritas formas. Por caridad damos el grito de «alerta» á estos últimos.

demostrarlo resumo en estas pocas páginas unas cuantas pruebas, comunes, cierto, pero concluyentes, y que á mi modo de ver están puestas al alcance de todos, pues son claras como la luz del día.

Por lo demás, sépase ante todo que el perverso escritor *ni en Dios cree*. Algo mas degradado que estos embrutecidos seres que de vez en cuando hallamos con asombro, adorando al sol de desde entre el fango de nuestra mas baja sociedad, declaraba poco ha, que hasta aquí «el único culto racional y científico había sido el culto del sol, » y que «el sol es nuestra madre patria y el dios particular de nuestro planeta.» (4)

Cuando llega un hombre á ese extremo ninguna contestacion merece, por esto nos desentendemos completamente de él, ocupándonos tan solo de la Divinidad de N. S. Jesucristo, que es para cada uno de nosotros y para la sociedad toda entera, la cuestion fundamental dominante en todos los tiempos y en todos los intereses de la vida; con el intento de aprovecharnos de este nuevo ataque á nuestra santa y antigua fé, para mejor arraigarnos y fortalecernos en ella.

Es un ataque, este, tanto mas peligroso, cuanto mas respetuosas y suaves son las formas ó maneras con que el enemigo procura darlo, pues con arte pérfido exalta la humanidad de Jesucristo, cuando y allí donde mas vilmente rebaja y niega su Divinidad: y la Divini-

(4) «Revue des Deux Mondes», 15 octubre 1863, «De l'Avenir des sciences naturelles,» par E. Renan. Nota del Autor,

dad de Nuestro Señor es todo. (5)

Hagamos pues constar breve y sencillamente esta grande y dulce verdad , presentando á la consideracion de todos algunas de las muchas y sólidas razones que le sirven de base hace diez y ocho siglos. Para comprenderlas bastará que nos preste quien nos lea lo que todos los hombres pueden poseer: rectitud de corazon , honestidad de miras , buena fé y sentido comun.

(5) Todo para nuestro caso. Todo, esto es, lo principal del Salvador, lo primero que el cristiano reconoce y confiesa en Él.

LA DIVINIDAD

DE

JESUCRISTO.

CAPITULO 1.º

Los Evangelios.

I.

Los hechos relativos á ese ser sobrehumano que llamamos Jesucristo, y que diez y nueve siglos atrás vivía en la Judea, fueron consignados en un libro cuyo título es, el *Evangelio*.

Evangelio significa *bueno nuevo*, equivalente de *nueva de salvacion*.

El evangelio es la historia de Jesucristo escrita por cuatro testigos contemporáneos, que son: los apóstoles S. Juan y S. Mateo, y los discípulos S. Marcos y S. Lucas. De ellos los tres primeros han visto y oído personalmente cuanto refieren: el último narra los datos que pudo reunir oyendo y tratando á otros discípulos de Jesús fieles compañeros del Maestro divino. Las cuatro relaciones forman un solo libro, dicho indiferentemente el *Evangelio* ó los *Evangelios*.

C.

La primera historia de Jesus fué escrita en Jerusalem poco mas ó menos de ocho años despues de la muerte del Salvador. Antes de separarse para ir á conquistar el mundo á la fé de su Maestro, los doce apóstoles cediendo á las instancias y súplicas de los cristianos de Judea , encargaron á S. Mateo la redaccion sucinta de los hechos y discursos mas importantes de Jesucristo. Este Evangelio fué compuesto en siríaco , que era entonces la lengua vulgar de los Judios. Teniendo S. Mateo por objeto principal de su trabajo el demostrar que Jesucristo es el Mesias , el Hijo de David y el Hijo de Dios: se ocupa sin cesar en poner de manifiesto la perfecta armonia que existe entre las profecias de los Libros Sagrados del pueblo hebreo, y las circunstancias de la vida del Salvador, en quien todas se han realizado

El Evangelio de S. Marcos fué escrito en Roma, en griego , dos ó tres años despues del de S. Mateo, ó lo que es igual, diez ú once despues de la Asencion de Cristo. S. Marcos, natural de Jerusalem, era discípulo y secretario de S. Pedro, principe de los Apóstoles. Su Evangelio, que viene á ser como un compendio del de S. Mateo, fué aprobado, si no dictado, por S. Pedro, y se esparció muy en breve por toda la Iglesia.

S. Lucas, Antioqueno, en Siria, fiel compañero del grande Apóstol s. Pablo, es el autor del tercer Evangelio. Lo escribió en Griego bajo la direccion del mismo. El Evangelio segun s. Lucas, es mas completo que los otros tres, ocupándose mucho en él su autor de conservar el órden histórico y cronológico. El único-entre to-

dos refiere hasta con detalles todo lo concerniente á los primeros tiempos de la vida del Salvador, que habia aprendido de la misma bienaventurada Virgen Maria.

Por último, s. Juan, el discípulo amado de Jesus, compuso su Evangelio en Efeso, aproximadamente cincuenta años mas tarde que los demás.

Casi centenario, muertos ya todos los restantes individuos del Colegio Apostólico, accedió s. Juan á los vivos y piadosos deseos de los fieles intimidados con la audacia de las heregias nacientes. A medida que el martirio privaba al mundo de los inmediatos Apóstoles del Señor, los enemigos de la fé, levantaban mas orgullosamente su cabeza, y alteraban la verdad religiosa, contando fábulas y haciendo gala de un falso cuanto exagerado misticismo. Los *Gnósticos* y los *Docetas*, entre otros, negaban tan pronto la realidad de la Humanidad de Jesucristo, como la Divinidad del Verbo en el mismo. De aquí, s. Juan, precindiendo de toda cronología, se limita á consignar por escrito aquellas circunstancias de la vida de su Maestro que mas claramente patentizan la divinidad del Hijo de Dios y la verdad de su Encarnacion.

II.

Muchas otras historias de Jesucristo se han escrito, á contar del primer siglo; pero los únicos Evangelios que la Iglesia ha aprobado como exactos y declarado auténticos, son: los de s. Mateo, s. Marcos, san Lucas y san Juan.

Gracias á la solícitud y cuidados de los obispos sucesores de los Apóstoles, estos evangélicos se estendieron pronto en todas las Iglesias particulares del mundo ; venerándolos los cristianos hasta el punto de saberlos muchos casi materialmente de memoria, y de llevar no pocos consigo alguna copia de ellos. Ese respeto y ese amor que desde el principio tuvieron los fieles á los Evangélicos, garantizaron de un modo inviolable la pureza y la integridad de su texto.

III.

La veracidad de los Evangelistas, y por tanto , la verdad de los hechos que refieren , se reduce á una cuestion de sentido comun y de buena fé.

Los Evangélicos fueron predicados y escritos en Jerusalem, á la vista de los Judios; en Roma y en Corinto como en Efeso, ante los paganos y los hereges; quienes si tuvieron valor para sacrificar á los autores sagrados, no lo tuvieron para desmentir sus escritos.

Toda la vida de los Evangelistas, y su muerte principalmente , sírvenos de prenda de la verdad de los Evangélicos. La fundacion rápida de tantas iglesias , la desercion de los templos gentílicos , la santidad de tantas cristiandades nacies, la fidelidad y entusiasmo de tantos miles de mártires, el furor impotente de tantos enemigos.,..... he aqui las inmensas garantías de la verdad de ese Libro: que no solo encierra la verdad, si que tambien es la verdad misma.

El Evangelio es, mas bien que un libro escrito sobre

papel, un hecho impreso sobre todo el universo.

Los Evangelistas han sido testigos oculares de lo que refieren: «Lo que fué desde el principio, dice S. Juan (Epist. 1.^a C. 1.^o), lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que miramos y palparon nuestras manos del Verbo de la vida, os anunciamos á vosotros.» Y S. Pedro (Epist. 2.^a C. 1.^o) «No os hemos hecho conocer el poder y la presencia de Nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosas: sinó como que contemplamos con nuestros propios ojos su magestad. Porque recibió de Dios Padre honra y gloria, cuando descendió á él, de su magnífica gloria una voz de esta manera: «Este es mi Hijo el amado, en quien yo me he complacido, á Él oid. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, estando con Él en el monte santo.» (1)

Los Apóstoles escriben, predicán en las mismas plazas de Jerusalem y delante del Calvario, frente á frente de sus enemigos mas encarnizados, testigos de los mismos hechos que refieren. La mudanza humanamente inesplicable que se obra en ellos en el cenáculo, la santidad y sencillez maravillosas de su vida, su desinterés, su pobreza, su celo por la verdad, su valor en confesar á Cristo cuando se les persigue y amenaza; y mas que todo esto, en fin, el sangriento martirio que corona la

(1) En estos y demás testos bíblicos seguiremos literalmente la traducción del P. Scio, como la mas acreditada en España, y por si nuestros lectores gustan de confrontar las citas.

predicacion de todos ellos: tales , tales son los gajes incomparables en peso y valor , de la sinceridad y veracidad de los Evangelistas.

«Por lo que á mí hace , ha dicho oportunamente un grave pensador , Pascal , yo creo sin la menor dificultad á unos testigos que se dejan matar para dar fé de lo que me aseguran.»

IV.

Otra garantía tenemos aun de la verdad del Evangelio , cuya fuerza escede á la de cuantas acabamos de enumerar , cual lo atestigua la esperiencia: es el mismo libro de los Evangelios.

Abridlo. Qué evidencia de verdad! Quién no la descubre desde luego en la simplicidad , indigencia y desnudez de ese testo? Que paz! que santidad! que moral! que sabiduría! que enseñanza tan sublime! que perfeccion tan sostenida y acabada! El Evangelio tiene una profundidad y una elevacion ilimitadas , que modera y armoniza una suavidad encantadora , y que son al alma lo que es á la vista el azul del firmamento. Es sencillo el Evangelio , sí , pero es dulce , pero es infinito.

El Evangelio se prueba á sí mismo. Al leerlo , al recorrer sus páginas sagradas , cuando contemplan nuestros ojos ese tejido de hechos sinceros y naturales , de preceptos sublimes , de parábolas instructivas y conmovedoras , de beneficos milagros , de celestiales doctrinas; nota nuestro espíritu la fraternidad que reina en todos estos caracteres , y víeudóles fundirse en candidez y

verdad, nos sentimos penetrados de una per persuacion irresistible. Entonces, creemos y lo creemos todo, mirando ya como supérfluas é inútiles cualesquiera otras pruebas: entonces se desvanecen las dificultades y nos avergonzamos de haber dudado. La sola palabra del Evangelio basta para infundirnos fé en ella, y el mismo incrédulo, si no ha perdido todavia el sentimiento moral ó la nocion de lo verdadero, no puede menos de dejarse llevar por la corriente de tanta verdad y de hacer la propia confesion que en otro tiempo el sofista de Ginebra rendido por la evidencia: « Debo decirlo, escribia J. J. Rousseau, la magestad de las Escrituras me impone, y la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Es posible que un libro á la vez tan sublime y tan ingenuo sea trabajo de hombres? Dirán que es inventado á capricho? Amigo mio, este libro no se inventa. El Evangelio tiene unas notas de verdad tan grandes, tan visibles, y tan inimitables, que su inventor admiraría mas que un héroe.»

El solo dictamen de la recta razon, pues, sin necesidad de acudir á la fé cristiana, nos obliga á concluir: que el Evangelio es verdadero, que sus páginas merecen entero crédito, y que podemos de consiguiente, abrirlo con plena confianza. (*)

(*) Véase el tom. 4 de los Estudios filosóficos sobre el Cristianismo Por M. Augusto Nicolás: probablemente la mejor obra publicada sobre el particular. N. del A

CAPITULO II.

Jesucristo es Dios

Lo que Él ha dicho de Sí mismo.

Cuando queremos saber quien es un hombre desconocido, parece natural vayamos á preguntárselo á él primeramente, cual hicieron los Judios con Juan Bautista «Quien eres tu? Que dice: tí mismo?» salvo siempre el derecho y el deber que nos queda de comparar luego su respuesta con sus obras y con su vida, á fin de cerciorarnos de sí ó nó hay en ella verdad.

Pues esta misma cuestion presentaron á Jesus sus doce Apóstoles y sus discípulos, sus enemigos y sus jueces; respondiéndole á los unos y á los otros el Salvador, con una claridad realmente espantosa para quienes no creían aun en Él.

I.

«Si tú eres el Cristo dínoslo», preguntábanle un dia los Judios reunidos en el Templo, en el pórtico de Salomon, «Os lo digo, y no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, estas dan testimonio de mí... «Yo y el Padre somos una cosa.»

Exasperados los Judios de ver que un hombre po-

y de humilde apariencia pretendia pasar entre ellos como el Cristo-Dios, á cuya venida vinculaban tantas ambiciosas y locas esperanzas, «tomaron piedras para apedrearle» — «Muchas buenas obras, insistió entonces Jesus, os he mostrado de mi Padre, ¿por cual de ellas me apedreais?» — «No te apedreamos por la buena obra, contestaron, sino por la blasfemia: y porque tú, siendo hombre, te haces Dios á ti mismo.» (S. Juan cap. X.)

II.

Otro dia hallándose Jesus tambien en el Templo, perdonó á la muger adúltera. Con esta ocasion, segunda vez indignados los Fariseos de un poder y de una misericordia que no comprenden, tratan de apurarlo con nuevas cuestiones; obstinados como siempre en no creerle. (Recuerdese que hay dos modos de preguntar á Jesus: el sencillo de los ingenuos que buscan de veras la verdad y la hallan pronto; y el despreciativo de los soberbios ó simplemente curiosos, que jamas encuentran á Dios, porque nunca le buscan con rectitud y amor.)

En medio de esa turba insultante, esclama Jesus: «Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no anda en tinieblas, mas tendrá la lumbre de la vida.»

— «Tú das testimonio de tí mismo: dícenle los Fariseos, tu testimonio no es verdadero.»

— «Aunque yo de mi mismo doy testimonio, verdadero es mi testimonio: porque sé de donde vine, y

E.

á donde voy: mas vosotros no sabeis de dónde vengo, ni á dónde voy....si juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque no soy solo: más yo y el Padre que me envió..... Yo soy el que doy testimonio de mí mismo: y testimonio da de mí el Padre, que me envió.»

— «En donde está tu Padre?»

— «Ni me conocéis á mí, ni á mi Padre: si me conocieseis á mí, en verdad conoceríais también á mi Padre.»

— «Y tú quién eres?»

— «El principio,» (de todas las cosas soy yo) el mismo que os hablo.....«Abrahan vuestro padre deseó con ansia ver mi dia: le vió y se gozó.»

— ¡Como! «¿Aun no tienes cincuenta años, y has visto á Abraham?»

— «En verdad, en verdad os digo, que «antes que Abrahan fuese, Yo soy.» (S. Juan, cap. VIII.)

Antes que Abrahan fuese, «Yo soy» ¡Que palabra! No dice: «Yo era», sino «Yo soy»; cual en otro tiempo en el desierto á Moisés: «Yo soy el que es»! «Ego sum qui sum.» Abrahan vivia diez y nueve siglos antes que el Salvador.

III.

En Nazareth presentan á Jesucristo un paralítico postrado en su lecho. Era sábado, dia que los Judíos guardaban tan escrupulosamente á tenor del mandato divino. Viendo el Salvador la fé de aquellas sencilla

perdonados te son tus pecados.»

Al oír esto vários Escribas presentes dijeron para sí: «Este blasfema.» Entonces Jesus como penetrase sus pensamientos se dirige á ellos con estas palabras: «Que cosa es mas fácil, decir, perdonados te son tus pecados; ó decir: levántate y anda? Pues para que sepais, que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados, dijo entonces al paralítico: levántate, toma tu lecho y vele á tu casa. Y levantóse, y se fué á su casa.» (S. Mateo, cap. IX; y S. Marcos, cap. I I.)

Los orgullosos Fariseos lejos de persuadirse, murmuraron contra Jesus porque había obrado la curacion en Sábado. Eran hombres de corazon duro y espíritu pobre, de aquellos que estiman en mas ciertas prácticas del culto exterior, que la ley suprema de la caridad.

Para corregirles de tal vicio es, sin duda, que Nuestro Señor de intento curaba mas enfermos en Sábado que en otro cualquier dia; diciendo á sus adversarios, como única respuesta á las críticas injustas de que era objeto: «Aquí está el que es mayor que el Templo.... el Hijo del hombre es Señor aun del Sábado.» (S. Mateo, cap. XII.) Afirmacion notable para nuestro caso; pues en concepto de los Judíos Dios solo era superior al Templo; y á su vista no habia otro Señor del Sábado, que quien lo impuso de obligacion al primer hombre, y mas tarde á Moisés, siempre en memoria de la Creacion.

IV.

Cuando el primer viaje de Jesucristo á Jerusalem, despues de las fiestas de Pascua, vino de noche á encontrarle un gefe de la Sinagoga, el sábio Nicodemus, que todavia no conocía bien al Salvador, para decirle en secreto: «Rabbi, sabemos que eres Maestro venido de Dios; porque ninguno puede hacer estos milagros, que tú haces, si Dios no estuviera con él.» Jesus, despues de hablarle del Espíritu Santo, como del solo que dá la inteligencia de las cosas de Dios, contestó así á Nicodemus: «Ninguno subiô al cielo, sinó el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el Cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto; así tambien es necesario que sea levantado el Hijo del hombre: para que todo aquel que cree en él, no perezca, sinó que tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió á su Hijo Unigénito: para que todo aquel que cree en él, no perezca, sinó que tenga vida eterna.... Quien en él cree no es juzgado: mas el que no cree, ya ha sido juzgado: porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios.» (S. Juan, cap. III.)

Medítese la significacion de esta frase «Hijo de Dios» Ni Jesus, ni los Judíos entendian por ella á un hombre justo, á un amigo de Dios, ó á uno de sus hijos adoptivos; sinó que sabian todos perfectamente que ese título era el nombre propio del Verbo divino, de la segunda Persona de la S. S. Trinidad, del Hijo eterno único, natural y consubstancial de Dios; Dios como el Padre y el Espíritu Santo: por esto los Judíos, cual se

vé á menudo en el Evangelio , echan en cara de Nuestro Señor el quererse igualar á Dios con llamarle «su padre;» y por esto tambien cuando Jesus declara solemnemente delante de Caifás que él es el Cristo Hijo de Dios , el Gran Sacerdote y todos los miembros del Consejo , rasgando sus vestiduras y tapándose los oidos , le acusan de blasfemo sacrílego, y condenan á muerte, porque se ha proclamado «Dios»!

V.

Añadamos otro testimonio que el Salvador da de sí mismo , á los Judios reunidos en el templo , despues de uno de sus milagros.

«En verdad , en verdad , os digo... todo lo que el Padre hiciere lo hace tambien el Hijo... asi como el Padre resucita los muertos y les da vida; así el Hijo da vida á los que quiere. Y el Padre no juzga á ninguno: mas todo el juicio ha dado al Hijo «Para que todos honren al Hijo , como honran al Padre: quien no honra al Hijo, no honra al Padre , que le envió....» Como el Padre tiene vida en sí mismo: así tambien dió al Hijo el tener vida en sí mismo. Y le dió poder de hacer juicio porque es Hijo del hombre. (S. Juan , cap. V.)

Profundidad veneranda del misterio de la Encarnacion , en el cual el Hijo de Dios, hombre verdadero como Dios verdadero , permanece igual á su Padre , mientras por su humanidad pasa á ser aquí bajo el minis-

F.

tro, el adorador y el servidor de Dios: al propio tiempo que se hace nuestro señor, nuestro hermano primero, nuestro dulce Salvador, nuestro Gran Sacerdote, nuestro Maestro, nuestro amigo, nuestra Víctima y el Rey de nuestras almas.

VI.

Jesus en este particular era tan esplicito con sus Apóstoles y Discípulos, como con sus enemigos.

Un caso, entre otros mil, hay, en el que puede decirse que el Salvador les descubrió su corazón: en el Cenáculo, después de la Cena, pocas horas antes de empezar su Pasión.

—«Creeis en Dios, les dice con una ternura y solemnidad propias de un último adiós, «creeis en Dios, creed» también en mí... «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.» Nadie viene al Padre sino por mí. «Si me conocieseis á mí, ciertamente conoceríais también á mi Padre:» y desde ahora le conoceréis, y le habeis visto.»

No comprendiendo esto el apóstol Felipe, el más sencillo de todos, interrumpe á Jesus y le dice. «Señor, muéstranos al Padre y nos basta.» Contéstale el Salvador: «Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habeis conocido?» Felipe, el que me ve á mí, ve también al Padre. Como pues tú dices: Muéstranos al Padre? No creeis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?... Y sino creedlo por las obras.... Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, «yo lo haré:» para que sea el Padre glorificado en el Hijo. «Si algo me pidieréis en

mi nombre , lo haré».... Quien tiene mis mandamientos y los guarda , aquel es el que me ama. Y el que me ama , será amado de mi Padre.... y vendremos á él, y harémos morada en él... «Todas cuantas cosas tiene el Padre mias son.... El que me aborrece tambien aborrece á mi Padre.» (S. Juan capitulos XIV , XV y XVI.)

En fin hasta en los dolores de su Pasion , y en el Calvario , y en su último suspiro , constantemente Jesucristo se llama Dios; siempre habla , promete y manda como Dios. A vista de ello , preciso se hace confesar que es realmente el Dios encarnado , el Hijo de Dios hecho hombre , tan verdadero Dios como hombre verdadero , ó decir que vivió y murió como el mas audaz y el mas sacrilego de todos los blasfemos oidos y por oir. No queda medio.

VII.

He aqui lo que Jesucristo ha dicho de sí mismo: he aquí lo que nadie sino él ha dicho , desde que existe el mundo, y desde que los hombres hablan. Varios otros se han presentado á sus semejantes como los enviados de Dios , en calidad de profetas ó ministros suyos , con títulos verdaderos ó falsos: tales como Moisés , los Profetas y los grandes Santos , que ostentaron credenciales auténticas y probaron su divina mision; y Zoroastro, Manes , Mahoma , Lutero , Calvino y demas iluminados de la reforma , que no mostraron credencial , ni probaron mision alguna. Ninguno de ellos se ha llamado Dios , ninguno pretendió pasar por tal. Nó , jamas el

orgullo de hombre alguno ha subido tan alto, nunca hubo mortal que cometiese locura semejante.

Y sin embargo, esto es lo que hace Jesucristo, llamarse Dios!....

VIII.

No es todo aun esto — Cuando Jesucristo habla de su divinidad, nótese que habla siempre como Dios; pues cual se ve á cada paso en el Evangelio, usa unas palabras tan desconocidas, y se sirve de unas frases tan inauditas, que muy bien pudieran calificarse de extravagantes, ridiculas y hasta de absurdas, si quien las profiere no fuese el Dios vivo.

Cierto dia, por ejemplo, allá en Cesaréa, hace á los Apóstoles esta pregunta: «Quien dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» (El Salvador acostumbraba darse este título, para que fuese mas apreciado el exceso de caridad que le movió á venir á habitar entre nosotros) «Y ellos respondieron: Los unos que Juan el Bautista, los otros que Elías, y los otros que Jeremías ó uno de los Profetas» «Y vosotros, insiste Jesus, quien decís que soy yo?» Contesta Simon Pedro.

«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios el vivo.»

Al oír esta confesion Jesucristo, lejos de rechazarla ó condenarla como una blasfemia, la acepta con agrado, y dice á S. Pedro: «Bienaventurado eres Simon hijo de Juan: porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas

del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí daré las llaves del Reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra será también desatado en los cielos» (S. Mateo , cap. XVI.)

Que es esto? Un hombre dar á otro hombre las llaves del Reino de los Cielos! Un hombre prometer á otro que todo lo que ate ó desate en la tierra , será atado ó desatado en el cielo! Un hombre disponer de la omnipotencia de Dios cual si fuese señor de ella.!

Que hombre es este , sino es el mismo Dios?

Prosigamos. Jesus se halla ya en cruz y va á morir. Uno de los ladrones crucificados con él, arrepentido , le pide misericordia con estas palabras: «Señor , acuérdate de mí cuando viniereis á tu reino.» Respondele Jesus «En verdad te digo: Que hoy serás conmigo en el paraíso» (S. Lucas , cap. XXIII.)

Mas tarde soplando Jesus sobre los Apóstoles reunidos en el Cenáculo les dijo: «Recibid el Espiritu Santo. A los que perdonareis los pecados , perdonados les son: y á los que se los retuviereis , les son retenidos.» (S. Juan cap. XX.)

Por fin , ya sobre el monte de los Olivos , pronto ya á subirse á los Cielos , Jesucristo dice á sus apóstoles: «Se me ha dado toda potestad» en el cielo, y en la tierra. Yd pues , y enseñad á todas las gentes , bautizándolas en el nombre del Padre , y del Hijo , y del Espiritu Santo: Enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros

todos los dias hasta la consumacion del siglo.» (S. Mateo' cap. XXVIII.)

Nunca un hombre, jamás profeta alguno pudo hablar así. Dios solo «puede y sabe» hablar el idioma de Dios.

IX.

Estas son, callando á otras muchas, las palabras que Jesus ha dicho, las afirmaciones que ha hecho, y los testimonios que ha dado de sí mismo, durante su vida pública. A esta grande cuestion: Quien eres tú? Qué dices de tí mismo? Ha respondido: «Yo soy el Cristo, el Hijo de Dios, igual en un todo á mi Padre, yo soy Dios, hecho hombre para santificar y salvar, á los hombres.»

Tamaña declaracion es decisiva, como es concluyente el raciocinio que fundamos en la misma.

Jesucristo dice que es Dios. O dice verdad ó no la dice.

Si dice verdad, es realmente Dios; y por lo tanto, toda criatura racional debe creer en El, servirle y adorarle como nosotros y con nosotros.

Si no dice verdad, es porque se engaña sin saberlo, ó porque nos engaña sabiéndolo: pues claro es que quien afirma una cosa falsa es un engañado ó un engañoso.

Si Jesucristo no es Dios, y afirmándo que lo es se engaña á sí mismo de buena fé, merece ser (perdónese me lo que voy á decir) calificado de loco y de loco digno de encierro. Nuestras casas de salud de Charenton y de Bicêtre admiten á menudo para su curacion á ena-

genados ó dementes que se creen profetas , reyes ó emperadores; péro jamás ninguno , ni en lo mas fuerte de su locura se creyó Dios. Como pues Jesucristo se creería Dios , se proclamaria Dios? Se dirá de El que fué el mas escéntrico de todos los locos? Quien concebirá , y menos , quien hará al Salvador tan indigna y tan absurda acusacion? Jesucristo un insensato! Jesucristo el mayor de los dementes! Como! El , á quien sus mas impíos é incrédulos enemigos confiesan por el mayor sabio, por el mas sublime de todos los filósofos! Luego , despreciando hipótesis tan estravante , Jesus al creer y decir que era Dios no se engañaba á si mismo.

Falta que se proclamase Dios con conocimiento de la verdad contraria , esto es , de que no lo era. Entonces mentiría por decir lo opuesto á lo que sentia y miraba como lo verdadero. Nueva estravagante suposicion, nueva imposibilidad moral, tan inadmisibile como la precedente.

Jesucristo un mentiroso! Jesucristo un impostor! Pero y de que mentira , y de que impostura! En el fingido caso , Jesus no solo hubiera cometido un sacrilegio enorme , sino que lo habría cometido con una premeditacion y un cálculo y una perseverancia nunca vistos; sacrilegio, tanto mayor y mas odioso cuanto menos temiera á Dios al repetirlo frecuentemente, y cuanto mas lo consumára á medida que se le iba aproximando la muerte: de modo que, en tan absurda suposicion, fuera preciso decir: que Jesus , tipo perfecto de la moralidad humana , modelo inimitable de virtud , y gran doctor

de la santidad religiosa, no creía en Dios, ó bien que desafió el poder del Eterno, usurpando su nombre y sus prerrogativas; de otro modo, que solo fué un miserable impío y el mas impudente y sacrilego de todos los mentirosos... Y hay hombre alguno, puede haberlo sobre la tierra, tan falto de pudor y de sentido moral, que se atreva, no digo á afirmar, si que ni tampoco á concebir esa indignidad y malicia en Jesucristo? Quien por el contrario, no se horroriza al solo imaginarla! Esta segunda hipótesis, pues, es falsa cual la primera, y tan imposible como ella.

Resumamos el capítulo. Jesucristo se ha proclamado Dios á sí mismo, luego lo es. Para no serlo, despues que el lo ha dicho, debió haber sido un demente ridiculo ó un impostor sacrilego, no cabe medio entre estos dos extremos. Y no fué ni lo uno ni lo otro, como acabamos de ver que ambas suposiciones son insensatas. Luego Jesucristo es Dios.

Reto á quienquiera que sepa encontrar salida en este riguroso y concluyente dilema que tan patente lleva la evidencia.

CAPITULO III.

Jesucristo es Dios. Lo prueba con sus milagros.

El «milagro» es un hecho exterior que supera «evidentemente» las fuerzas de la naturaleza; es el ejercicio «extraordinario» de la omnipotencia de Dios en el mundo.

Negar la posibilidad de los milagros es negar el poder de Dios, es negar su misma existencia.

Como el milagro viene á ser la rúbrica y el sello de la Divinidad, si Jesucristo es Dios, naturalmente habrá debido obrar milagros «evidentes,» en nombre propio y con su poder personal, cual conviene los obre Dios; y por tanto nos asiste á nosotros el mismo derecho que á los Judíos de Cafarnaum, de preguntarle al Salvador: «Que milagros haces para que creamos en tí?»

Jesucristo no teme de darnos esta prueba, ni rehusa de pasar por ella. Sus hechos van á hablarnos mas alto que sus discursos.»

I.

Era la segunda vez que Jesucristo moraba en Jerusalén, por la fiesta de los Tabernáculos, cuando el Salvador acompañado de sus discípulos se encontró con un

G.

pobre mendigo ciego de nacimiento.

«Maestro, preguntaronle sus discipulos, quien pecó, este, ó sus padres para haber nacido ciego?» «Ni este pecó, respondió Jesus, ni sus padres; mas para que las obras de Dios se manifiesten en él...Mientras que yo estoy en el mundo, luz soy del mundo» «Y cuando esto hubo dicho, sigue narrando el S. Evangelista que luego citaremos, escupió en tierra, é hizo lodo con la saliva, y ungió con el lodo sobre los ojos del ciego, y le dijo. Vé, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado) Se fué pues, y se lavó y volvió con vista.»

Como le viesen sus vecinos y conocidos de antes, negándose los mas á reconocer esa prodigiosa curacion, decian: «No es ese, sino (otro) que se le parece Mas él decía: Yo soy» (el mismo). «Como, instaban, te fueron abiertos los ojos?» «Aquel hombre, respondia el, que se llama Jesus, hizo lodo; y ungió mis ojos, y me dijo Vé á la piscina de Siloé y lávate. Y fuí, me lavé, y veo.»

Despues de esto el mendigo fué conducido á los fariseos que estaban reunidos en el Templo por ser dia de Sábado. Admirados estos de lo que se decia preguntaron al infeliz sobre lo ocurrido, y este se lo refirió todo por dos veces con la misma sencillez que antes. «Y tú preguntáronle de nuevo, y tú que dices de aquel que te abrió los ojos?» «Que es el profeta!» contestó.

No creyendo todavia los Fariseos que hubiese sido ciego hicieron comparecer á sus padres y les digeron: «¿Este es vuestro hijo, el que vosotros decís que nació

ciego? ¿Pues como ve ahora?» «Sabemos, respondieron, que este es nuestro hijo y que nació ciego: pero no sabemos como ahora tenga vista: ó quien le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos: preguntadlo á él, edad tiene, que hable él por sí mismo.»

Interrogaron pues otra vez los Fariseos al hombre que habia sido ciego, diciéndole: «Da gloria á Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador.» «Si es pecador, no lo sé, díjoles él: una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo» Y como le importunasen con nuevas preguntas, cansado ya el hombre, volvió á hablar: «Ya os lo he dicho, y lo habeis oido; ¿porque lo quereis oir otra vez? ¿por ventura quereis vosotros tambien haceros sus discípulos?» «Tú seas su discípulo: que nosotros somos discípulos de Moisés, dijéronle cubriéndole de maldiciones. Nosotros sabemos que habló Dios á Moises: mas este no sabemos de donde sea» «Cosa maravillosa, dijo el pobre, que vosotros no sabeis de donde es, y abrió mis ojos,..., Nunca fué oido que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego. Si este no fuese «Dios» no pudiera hacer cosa alguna» Como: ¿En pecado eres nacido todo, y tú nos enseñas?» dijeron, y le echaron fuera del Templo.

Habiéndole encontrado luego el Salvador le dijo: crees tú en el Hijo de Dios?» «Quién es, Señor, para que crea en él?» Respondióle Jesus: «Tú le has visto, el que habla contigo, este mismo es» Entonces dijo el dichoso mendigo «creo, Señor, y postrándose le adoró.» (San Juan, cap. IX.)

II.

Mas adelante, al entrar Jesus con sus discipulos y una numerosa multitud en la ciudad de Naim, se encontró con un cortejo fúnebre; que lo era de un joven difunto hijo único de una viuda, de cuyo sentimiento participaba toda la poblacion acompañando el cadaver.

A la vista de esa desconsolada madre movido Jesus de compasion la dijo: «No llores» Luego «se acercó y tocó el féretro (Y los que lo llevaban se pararon)» El cadaver segun la costumbre judaica tenia la cara descubierta. «Y dijo (Jesus). Mancebo, á tí digo, levántate» «Y se sentó el que habia estado muerto, y comenzó á hablar, y le dió á su madre.»

Admirados de tamaño prodigio los circunstantes, «glorificaban á Dios diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros: y Dios ha visitado á su pueblo.» «Y la fama de este milagro corrió por toda la Judea, y por toda la comarca. (S. Lucas, cap. VIII.)

Hacia fines del siglo primero, un discípulo inmediato de los Apostoles llamado Quadrato, en una brillante apologia que hizo del cristianismo y que dirigió al emperador, citaba por testigos irrecusables de los milagros de Jesucristo, á muchos de aquellos que el Salvador habia prodigiosamente curado ó resucitado, todavia llenos de vida en aquel entonces.

III.

Aun hubo otro milagro de Jesucristo mas patente y mas público.

Habiéndose retirado el Divino Maestro en la Decápolis, no lejos del mar de Galilea, vino á buscarle «una grande multitud de gente, (compuesta de personas de todos los pueblos y lugares vecinos) porque veian los milagros que hacía sobre los enfermos; » la cual logró dar en él, despues de tres dias de penosas diligencias, encontrándole en una montaña solitaria rodeado de sus doce apóstoles y hablándoles del reino de Dios.

Movido Jesus á misericordia á la vista de aquella muchedumbre fatigada y hambrienta, y considerando que lo que restaba de dia no les era suficiente para regresar á sus casas; se dirigió al apostol Felipe, y le dijo: «¿De dónde compraremos pan, para que coman estos?» Respondióle Felipe: «Docientos denarios de pan no bastan, para que cada uno tome un poco» «Aquí hay un muchacho, dijo entonces Andrés, hermano de Simon Pedro, que tiene cinco panes de cebada, y dos peces: ¿mas que es esto para tanta gente? Y dijo Jesus: «Haced sentar la gente. Y se sentaron á comer como en número de cinco mil hombres» (sin contar las mujeres y los niños) «Tomó pues Jesus los panes y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados: y asimismo de los peces cuanto querian. Y cuando se hubieron saciado, dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han tobrado, que no se pierdan. Y así recogieron, y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron á los que habian comido.»

Del propio modo que bajo la accion invisible y creadora de Dios, todos los años germina el grano de trigo,

nace y alimenta á los hombres ; así se multiplica y basta para todos esta vez el pan en las manos adorables de Cristo Dios Creador.

Ante un milagro tan estupendo la multitud agradecida no pudo menos de exclamar «E te es verdaderamente el Profeta , que ha de venir al mundo» Por «el Profeta que ha de venir,» entendian los Judios al Mesias: de aquí que se levantase entusiasmado aquel gentio y quisiese proclamarle Rey, pues todas las profecias relativas al Mesias le habian anunciado como Rey de Israel pero Jesus conociendo ese designio , «huyó otra vez al monte él solo ,» y se puso de nuevo en oracion.

IV.

Habia ordenado Jesus á sus apóstoles que bajasen hasta la orilla de Bethsaida , tomasen una embarcacion, y fuesen á esperarle en Cafarnaum , donde se reuniria con ellos. Mas como se levanta un viento fuerte , al amanecer solo tienen adelantados unos treinta estadios , es decir , tres leguas. Y he aquí que á eso de la hora cuarta divisan á Jesucristo que les sale al encuentro , caminando sobre las aguas , y dirigiéndose á la embarcacion. Créenle un fantasma , y llenos de espanto empiezan á dar voces. Pero Jesus les habla y dice: «Tened buen ánimo , yo soy , no temais.»

Entonces dícele Simon Pedro: «Si tu eres mándame venir á tí sobre las aguas» «Ven» le contesta el Salvador «Y bajando Pedro del barco , andaba sobre el agua para llegar á Jesus , mas viendo el viento recio , tuvo

miedo: y como empezase á hundirse, dió voces diciendo: Valedme, Señor» «Luego estendiendo Jesus la mano, trabó de él, (le cojió) y le dijo: Hombre de poca fé, ¿porqué dudaste? «Y luego que entraron (ambos, Jesus y Pedro) en el barco, cesó el viento,» y se hallaron en la apetecida orrilla, embarcacion y tripulantes.

Atónitos estos y llenos de admiracion, se acercaron á Jesus, y postrados por tierra le adoraron, diciendo: «Verdaderamente Hijo de Dios eres.» (S. Mateo, cap. XIV.)

En efecto el Hijo de Dios, mientras quiere pasar por todas condiciones humildes á que le sujeta su encarnacion, no deja de ser el señor omnipotente de toda la naturaleza, cuya absoluta soberanía muestra calmando sus desórdenes; vivas imágenes de aquellos otros desórdenes mas profundos y deplorables todavía, que viene tambien á apaciguar y á curar Jesucristo en todos los hombres.

V.

Aquí convendría citar los mil, y mil prodigios que el Salvador hace por do quiera pasa, y cuyo conjunto divino forma el tejido evangélico; como por ejemplo, la curacion instantánea del ciego de Jericó á quien, para recobrar la vista, basta que le diga Jesus, «Vé»: ó bien la de aquella pobre muger que, encorbada diez y ocho años hace, se endereza, pone y camina recta, tan luego como ha conseguido tocar la orla del vestido del Señor: y á tantas otras visibles manifestaciones de la dlyinidad

y del amor de Jesus, nuestro buen Dios. Pero bástenos aducir uno, que es probablemente el mas importante y solemne, de todos, aquel, esto es, que los Fariseos hicieron servir de pretexto para tramar el último complot contra Jesus: «la resurreccion de Lázaro.»

Era Lázaro un hombre muy amado de Jesus, rico, hermano de Marta y de Maria Madalena. Habitaba en Betania, á cuatro leguas de Jerusalem, y acostumbraba dar hospedage al Salvador y á sus Apóstoles.

Cayó gravemente enfermo; y cuando sus hermanas le vieron en peligro, mandaron un recado á Jesus, entonces en Galilea, concebido en estos términos: « Señor, he aquí el que amas está enfermo. » Al cual contestó el Salvador: « Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella. »

A pesar del aprecio en que tenía á Lázaro y á sus hermanas, Jesucristo permaneció dos dias mas en aquel lugar; pasados los cuales dijo á sus discípulos: « Vamos otra vez á la Judea Lázaro nuestro amigo duerme: mas voy á despertarle del sueño. »

Pero « Señor, dijeronle sus discípulos, si duerme será sano. » « Entonces Jesus les dijo abiertamente: Lázaro es muerto: Y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que creais . . . vamos á él »

Pusiéronse pues en camino, y al llegar Jesus á Betania hacía cuatro dias que Lázaro habia muerto y que estaba sepultado. Marta y Maria continuaban en casa sumidas en el dolor, llorando á mares, rodeadas todavía

de sus parientes y amigos que se esforzaban en proporcionarles todo el alivio posible. Marta, tan pronto como supo que Jesus venia para consolarlas, salióle al encuentro, y al verle exclamó: «Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.» Respondióle Jesus: «Resucitará tu hermano» Díjole Marta: «Bien sé que resucitará en la resurreccion en el último dia» Respóndele Jesus: «Yo soy la Resurreccion y la Vida: El que Cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá: Y todo aquel, que vive, y cree en mí, no morirá jamás ¿Crees esto? «Sí, Señor, yo he creído, que tú eres el Cristo el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.»

Esto dicho, se fué Marta, llamó en secreto á Maria su hermana y le dijo: «El Maestro está aquí y te llama» Levantóse Maria, se fué á Jesus, se echó á sus pies y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.» Al verla Jesús llorar juntamente con los deudos que la habian acompañado, enternécese y todo conmovido les pregunta. «En dónde le pusisteis?» «Ven, Señor, y lo verás,» le contestan ellos. »Y lloró Jesús;»

Avista de esto esclaman los judios: «Ved como le amaba;» añadiendo algunos, ¿«Pues este que abrió los ojos del que nació ciego, no pudiera hacer que este no muriese?» Mientras tanto conmoviéndose por segunda vez Jesus, llega al sepulcro, que lo era una pequeña gruta cerrada con una piedra, y dice «Quitad la losa.» Mas Maria le responde: «Señor, ya hiede,

porque es muerto de cuatro dias.» Replicale Jesus «¿No te he dicho, que si creieres verás la gloria de Dios?» Al fin quitaron la losa, «y Jesus alzando los ojos á lo alto dijo: Padre, gracias te doy porque me has oido. Yo bien sabia que siempre me oyes: mas por el pueblo que está al rededor, lo dije; para que crean que tú me has enviado.» Y dicho esto gritò en alta voz: «Lázaro, ven fuera.» «Y en el mismo punto salió el que habia estado muerto, atados los pies y las manos con vendas, y cubierto el rostro con un sudario. Jesus les dijo: Desatadle y dejarle ir.»

Ante un prodigio como este, muchos judios, que habian venido á ver á Maria y á Marta, y presenciado lo que hizo Jesus, creieron en El: otros fueron á contar lo ocurrido á los fariseos; verificándose así que la noticia de la resurreccion de Lázaro se esparciese por Jerusalem y aun por toda la Judea

Con una nueva tan significativa, enfurecidos los enemigos del Señor, se reunieron en casa del gran pontífice Caifás, y dijéronse mutuamente: «Que hacemos, (que resolucion tomamos) porque este hombre hace muchos milagros?» (S. Juan cap. XI.) (a)

(a) En vista de los milagros que obraron mas tarde S. Pedro y demás Apòstoles, esos mismos Judios, forzados por la evidencia, escamaban furiosos: «¿Que haremos á estos hombres? porque han hecho un milagro notorio á cuantos moran en Jerusalem: patente, y nolo podemos negar.» «Manifestum est, et non possumus negare.» (Actos de los Apòstoles, cap IV.)

VI.

En efecto, nunca los judios, como tampoco los paganos de los primeros siglos, intentaron negar los milagros de Jesucristo. Si hubiesen podido hacerlo, de cierto queno se hubieran descuidado; tanto mas cuanto este hubiera sido el medio mas eficaz de arruinar por su base á lanueva creencia. Pero, cómo, quién pudo ó puede negar unos hechos sucedidos en mitad del dia, dentro Jerusalem ó en los pueblos principales de la Judea, delante de un inmenso gentío, y á la cara de los mismos enemigos de Jesucristo?

Sin embargo, trataron estos de explicar á su modo aquellos milagros del Salvador sobre que fundaban los Apóstoles su predicacion. No pudiendo negarlos, los desnaturalizaron, atribuyéndolos ya á poder diabólico, ya á la magia, ya tambien á una usurpacion del nombre incomunicable de Jehová, que Jesús habria hecho en el Templo: fábulas ridículas que no tenemos necesidad de refutar siquiera.

El orgullo, la hipocresia, el interes personal, y mil otras pasiones bajas se interponian entre los fariseos y Jesucristo, frustrándose para aquellos la predicacion de este; y haciendo necesaria esta terrible sentencia del Salvador, que la resurreccion de Lázaro ha perfectamente justificado. «Es tan grande vuestra obstinacion que ni con ver resucitar un muerto habeis de creer.»

De esta pasmosa incredulidad judaica se desprende

un muy interesante documento para nosotros. Hélo aquí. Para saber creer no basta haber visto y palpado milagros, nó, se necesita además amar de veras la verdad, y buscarla de buena fé, con sinceridad de corazón y pureza de miras.

VII.

Jesucristo ha dicho que él era Dios: primera prueba sin réplica de su divinidad, cual lo hemos visto no ha mucho.

Jesucristo ha confirmado su palabra con milagros: prueba segunda tan luminosa como la primera. Efectivamente, se necesitan muy pocos esfuerzos de inteligencia para comprender la fuerza absoluta demostrativa de la prueba de los milagros. Los de Jesucristo tienen un carácter exclusivamente suyo que no tiene otro milagro alguno. Es que Jesucristo los obraba «por su propia voluntad y poder.» sin invocar otra voluntad, y sin auxiliarse de otro poder. «Yo lo quiero, sé sano.» «Lázaro, ven fuera.» «Jóven yo te digo que te levantes.», ect. ect. Los Santos, Los Profetas; hicieron realmente milagros, y grandes milagros; pero siempre en nombre del Señor su Dios «En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, decia S. Pedro al cojo que curó á la entrada del Templo, levántate y anda.» Ni Apostol, ni Martir, ni Santo alguno obró ó pudo obrar milagros jamás, desde el principio del mundo hasta nuestros dias, sino en nombre de Jesucristo; que no los hiciese con poder ajeno, recibido de Dios.

Los milagros de Jesucristo , pues , no se pueden negar: quien tal hiciera se mostraria mas terco que los mas perspicaces y encarnizados enemigos del Salvador , Cai-fas y los fariseos ; cuya preciosa confesion acabamos de recoger: «Este hombre hace milagros , no podemos ne-garlo.»

Poniendo , entonces , en juego la rectitud de cora-zon y el amor á la verdad que nos gloriamos de poseer, y que la pasion robaba á los obcecados Judios ; saque-mos ya la consecuencia lógica y evidente (casi nace por-sí sola) de los milagros de Jesus, y echándonos de rodi-llas á sus plantas , repitamos de corazon la hermosa fra-se del ciego de nacimiento , curado por S. D. M. «*Cre-do , Domine*» Creo , Señor.

CAPITULO IV.

Jesucristo es Dios. Pruébalo con su Resurrección y su Asencion.

Catorce veces, durante el curso de sus predicaciones, habia anunciado Jesucristo que despues de su pasión y muerte resucitaría el dia tercero, hablando de esta resurreccion como de una señal definitiva é inequívoca, con la cual podrian y deberian reconocerle por el Hijo de Dios no solo los apóstoles sino que tambien lo mas fascinados Judios.

«La generacion esta mala y adúlterina señal (nueva) pide: mas no le será dada señal, sino la de Jonás el profeta. Porque así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena; así estará el Hijo del hombre tres dias y tres noches en el corazon de la tierra» saliendo de el lleno de vida. (San Mateo cap. XII.)

Los enemigos de Jesucristo conocian tan perfectamente esta profecia y la comprendian tan bien, que su primer cuidado, despues del descenso del cuerpo de Cristo de la cruz, fué vigilar el sepulcro, hacer que se apostasen allí guardias para custodiarlo, y sellar con el sello público la puerta del mismo.

Esta prevision rencorosa y de inteligencia, se ha con

vertido en provechosa para nuestra fé, tanto como la obstinada incredulidad de los Apóstoles, y de Tomás principalmente. Ante estos dos hechos combinados resultan ser nada menos que unas imposibilidades materiales, cuantas suposiciones de fraude ha echado á volar en este punto la impiedad sin creer frecuentemente en ellas.

No obstante, como quiera que la resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo es para nosotros lo que fué para los apóstoles, y lo que debió haber sido para los Judios, el signo de los signos, el milagro de los milagros y la prueba de las pruebas; nos es de la mayor importancia el conocer cuantos detalles conduzcan á apoyar nuestra fé sobre la evidencia.

A ello ha ayudado la misma Providencia Divina cuando rodeó la muerte, la sepultura y la Resurreccion de Jesucristo, de circunstancias tan precisas, que ya bastan para resolver esta capital cuestion el buen sentido y la buena fé.

I.

San Pedro y San Juan se habian retirado juntos para llorar y orar, como María. San Juan mismo confiesa en su evangelio que todos ellos tenian olvidada la profecía que su maestro les hiciera de su resurrección. Solo la Virgen Santísima, iniciada en los misterios de Cristo, conocia lo que habia de suceder, conservando entonces cual antes, todas esas cosas en su corazón. Los restantes Apóstoles hallábanse desde la noche del Jueves dispersos acá y acullá; habiendo pasado el sábado y el día

de la Pascua en el abatimiento, sino en la desesperacion: no obstante, parece que se habian replegado durante la noche que siguió al sábado y precedió á la Resurreccion. Tomás Dídimos, sobrecogido de un terror pánico, habia huido muy lejos de Jerusalem.

Los diez Apóstoles, pues, se encerraron en la misma sala del cenáculo, en la cual el jueves por la noche Jesucristo habia celebrado con ellos la Pascua legal, é instituido despues de ella á la adorable Eucaristia, poseidos todos del mismo sentimiento de miedo y de temor.

II.

Despues de la noche del viernes las guardias se habian sucedido en el sepulcro del Señor. Las santas mugeres á su regreso del Calvario se habian apresurado á comprar en Jerusalem cien libras de perfumes para acabar de embalsamar el cuerpo de Jesus; pero, como no les habia sido posible salir de casa el sábado, ignoraban, cual los apóstoles, que los príncipes de los sacerdotes hubiesen mandado soldados á custodiar el sepulcro.

Tan pronto como despuntó el sol del domingo estremeciósese repentinamente la divina tumba: un angel mas resplandeciente que el rayo apareció entre los guardias, quienes á su vista cayeron de cara por tierra: quebróse la piedra sellada que sirviera de puerta, yendo sus partes á volar á gran distancia. Que causa producía estos singulares fenómenos? Jesucristo, que resucitaba.

Con esto cumpliábase la palabra que habia él mismo empeñado al decir. «Yo pongo mi alma (Yo doy mi

vida) para volverla á tomar. No me la quita ninguno: mas yo la pongo por mí mismo; poder tengo para ponerla, y poder tengo para volverla á tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.» (San Juan, cap. X)

Mientras tanto la muerte quedaba vencida, y nuestro Gefe acababa de reconquistar, mas para nosotros que para sí mismo, todo cuanto Adan perdiera con el pecado.

Apenas habian vuelto en sí los guardias de su espanto, huyeron á la ciudad y fuéronse á contar lo ocurrido á Caifás y á los príncipes de los sacerdotes. Mas estos, perseverando obstinados en su mala fé y endurecidos por el odio, continuaron su crimen sobornando á los soldados con darles suficientes sumas de dinero para que dijeran á todo el mundo, cual realmente hicieron: « que durante la noche aprovechándose del sueño, los discípulos del Crucificado habian venido al sepulcro y llevádose su cuerpo (a) » Fábula ridícula é imposible que se desvaneció por sí sola: de ahí que jamás fuesen desmentidos los apóstoles; ni cuando en las calles ó plazas y en el

(a) En el último siglo, con motivo de esta pretendida sustraccion, los «espíritus fuertes» dijeron y escribieron cosas verdaderamente incomprensibles. No pudiendo excogitar un método de sustraccion exterior que fuese aceptable á sus oidores ó lectores, adelantaron con seriedad el absurdo de «una especie de mina, trabajada por los Apóstoles en 36 horas, de una longitud de un cuarto de legua, y al través de

J.

mismo Templo de Jerusalem , predicaron la resurreccion de Jesucristo , ni cuando echaron públicamente en cara de sus autores tan calumniosa mentira inventada por los enemigos del Señor.

María Madalena , la pobre pecadora convertida , la fiel y valerosa cristiana del Calvario , llevada de su amor , salió de Jerusalem el Domingo antes de salir el sol Su intencion era ir á llorar sobre la tumba de su buen Maestro , sin pensar que con ello se esponia á los insultos de la soldadesca. Durante su trayecto Jesucristo habia ya resucitado , y al llegar al pequeño jardín que rodeaba el sepulcro se encontró con que los guardas habian huido, y vió con asombro abierta la puerta de aquel y rota la piedra que de tal sirviera. Echó una rápida mirada en el interior de la gruta , y , creiendo que el cuerpo del Señor habia sido sustraído voló, precipitadamente á ponerlo en conocimiento de Pedro y de Juan ; quienes dejando tambien la ciudad se encaminaron al sepulcro , siguiéndoles Madalena de lejos.

La Virgen Santísima , en casa de la cual viniera

la viva roca» sobre que está edificada Jerusalem y de que se compone exclusivamente el Gólgota. (Entonces llamaba el vulgo hombres de espíritu» á los «héros» forjadores de tales patrañas. Todavía existen hoy algunos de ellos, dignas reliquias de Voltaire.)

Otros espíritus «menos fuertes», retrocediendo ante la enormidad de esta hipótesis, han esparcido la temeraria é infundada duda de que Jesucristo acaso

María á buscar á esos dos Apóstoles , quedó sola en su habitacion; y entonces fué, segun una tradicion respetable , que se le apareció su Hijo como á la primera y la mas digna de todas las criaturas. ¡Cuan justo era manifestara Cristo su gloria antes que á nadie á la Augusta Compañera inseparable de sus abatimientos y dolores!

Pedro y Juan corrieron, pues, al sepulcro , sin haber comprendido las palabras de Madalena. San Juan , como mas joven , llegó mas pronto que Pedro , se inclinó hacia la entrada de la gruta , miró en ella y la vió en efecto vacía ; pero no se atrevió á penetrar en ella primero que Pedro, designado anticipadamente por Cristo como Gefe de la Iglesia. Bajó Pedro las pocas gradas que conducian á la bóveda funeraria , y se cercioró de la verdad. El sudario estaba aun allí . y los lienzos que habian envuelto la cabeza del Hijo de Dios, doblados y colocados á un lado.

En la agitacion de los pensamientos que les asaltarían, los Apóstoles , olvidados de la grande promesa de Cristo , y creídos de que realmente habia sido hurtado

no habia muerto ; pero inutilmente. Tan sencillos son estos iucrédulos que no vean, que no puede continuar viviendo un hombre clavado en cruz, que ha perdido toda su sangre entre tormentos? Vivía aquel hombre, al que, poco antes de bajar del patíbulo, «atraviesan de parte á parte el corazon de una lanzada ? Es creible que fuese todavía vivo Jesucristo, si, despues de reconocido por las autoridades ro-

el cuerpo del Salvador, se fueron á contar lo que habian visto á los otros discípulos, llenándoles de espanto (S. Juan, cap. X.X.)

III.

Santa María Madalena, cual hemos dicho, habia seguido á Pedro y á Juan. Despues de marcharse estos, arrodillándose junto á la tumba, que tan dolorosos y caros recuerdos le escitaba, se deshizo en lágrimas. Adelantóse luego de nuevo hasta la entrada del sepulcro y percibió á dos ángeles, en apariencia de jóvenes vestidos de blanco, sentados, uno á cada lado de la misma piedra sobre la que habia sido depositado el divino cuerpo. Esos ángeles recordaban aquellos dos querubines de oro que por orden de Dios hicieron colocar Moisés á uno y otro lado del Arca de la Alianza en el Santo de los Santos: y, por una coincidencia facil de penetrar, la tumba ya solitaria de Jesucristo tenia las mismas dimensiones que dicha Arca, tambien entonces desocupada de Dios.

La vista de esos ángeles hizo poca impresion en

manas y judaicas de Jerusalem, aseguran estas que es realmente muerto, estando interesadas en negarlo? Por absurda y necia esta suposicion no ha sido aceptada sino de muy pocos, continuando los mas de nuestros agresores con su peregrina fábula de la sustraccion y la mina.

¡Pobres incrédulos! Cuánto creen, cuando no creen!
(Nota del A.) Cuánto creen con fé humana, cuando

Madalena, poseida como estaba por un dolor violento «Mujer, le dijeron aquellos, ¿por qué lloras?» Lloro, contesta Madalena, «porque se han llevado de aquí á mi Señor y no sé donde le han puesto.»

Hablaba aun cuando entrevé algo atrás á un hombre, al que por de pronto toma por el hortelano encargado de la custodia de aquellos lugares fúnebres, quien le dirige la misma pregunta que los ángeles «Mujer, ¿por qué lloras? ¿á quien buscas?» y al que responde ella toda llorosa sin volverse siquiera, «Señor, si tú lo has llevado de aquí, dime en donde lo has puesto: y yo lo llevaré.» Al son de esa voz, harto conocida de Madalena; y que la llama ya por su propio nombre «María», salta su corazón de gozo indecible, levanta los ojos y reconoce á su adorable Salvador....

Bajo el primer impulso de su sorpresa, ardiendo en alegría tanto como en dolor, precipítase á los pies de Aquel para besárselos; mas se lo impide Cristo, diciéndola con gravedad, al intento de moderar aquellos transportes demasiado naturales: «No me toques, porque aun no he subido á mi Padre: mas vé á mis hermanos (á mis apóstoles y discípulos), y díles: Subo á mi Padre,

no quieren creer con fé divina! Cuanta confianza han de poner en el conocimiento y la palabra del hombre, cuando desconfían de las luces y de la enseñanza de Dios! Cuantas mentiras y falsedades se ven obligados á abrazar, cuando rehusan abrazarse con la verdad! Que locos están, entonces, los incrédulos! Que enemigos de sí mismos son! El T.

y vuestro Padre; á mi Dios, y vuestro Dios.»

Profunda espresion del Señor! Por su encarnacion y redencion el Hijo de Dios, hecho nuestro hermano, nos hace partícipes de su filiacion divina, concediéndonos el derecho de llamar Padre á nuestro Dios! Por otra parte, siendo como es verdaderamente hombre, pasa á ser por su humanidad el ministro de Dios su Padre, mientras persevera siéndole, por su divinidad, igual en todo lo que es!

Madalena obedeciendo las terminantes órdenes de su Divino Maestro se apresuró en tomar el camino del Cenáculo é ir á contar la Resurreccion de Jesucristo á los Apóstoles. Estos, empero, no la creyeron aun. (S. Juan, cap. X. X)

V.

Poco despues de esta última aparicion de Jesus, otras tres santas mugeres, llamadas Juana, María madre de Santiago y Salomé, fueron tambien al sepulcro, llevando consigo algunos ricos aromas para acabar la obra piadosa por ellos empezada la tarde del Viénes-Santo. Caminó andando, preguntábanse mutuamente, con cierta inquietud, sobre el como lograrían penetrar en la gruta estando cerrada su boca con aquella enorme piedra que ellas mismas habian visto colocar allí; ignorando, como se supone, cuanto habia sucedido. Apenas se aproximaron, vieron con igual sorpresa que Madalena, abierta dicha entrada y colocada á un lado la piedra que sirviera de puerta. Entraron precipitadamente

y llenas de espanto á la vista de un angel que estaba de pié cabe al lugar donde habia descansado la cabeza del Señor, oyeron que Este para tranquilizarlas les dirigía estas dulces palabras: «No os asusteis: buscais á Jesus Nazareno, el que fué crucificado: ha resucitado, no está aquí: Porqué buscais entre los muertos al que vive? acordaos de lo que os habló, estando aun en Galilea, diciendo: Es menester, que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercero dia. Yd, y decid (todas estas cosas) á sus discípulos, y (en particular) á Pedro.»

Acordándose las santas mugeres entonces de esa profecía, huyeron, llenas de religioso terror, sin acertar á decirse una sola palabra. Y he aquí que á lo poco se encuentran con el Divino Maestro, quien, adelantándose hacia ellas les dice: «Dios os guarde.» Arrodillándose entonces todas y abrazando, segun costumbre oriental, las rodillas y piés del Salvador, oyeron que les decía: «No temais: id, dad las nuevas á mis hermanos (á mis apóstoles y discípulos) para que vayan á la Galilea, allí me verán.»

Esto dicho, desapareció Jesus.

Los apóstoles y los discípulos prestando al testimonio de las Marías y de Juana, la misma poca fé que habian prestado al de Madalena, las trataron á todas de visionarias. (S. Marcos, cap. XVI; S. Lucas, cap. XXIV; S. Matéo, cap. XXVIII.)

VI.

En la tarde del día de la Resurrección viajaban dos discípulos desde Jerusalén á un pueblo poco distante llamado Emmaús. Dícese que el uno de ellos era San Lucas. Hablaban por el camino, aunque con desaliento, de la venida del Mesías, cuando se les incorpora Jesús bajo las apariencias de un extranjero; se acerca á ellos y les interroga sobre el motivo de su tristeza y el asunto de la conversacion que les ocupa: á lo que, contestado por ellos, añaden con la mayor sencillez: «Nosotros esperábamos, que él era el que habia de redimir á Israel: y ahora sobre todo esto hoy es el tercer día, que han acontecido estas cosas....» y nada sucede: «¡O necios y tardíos de corazón, les responde Jesús, para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿Pues qué no fué menester, que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria?» Y comentando luego á Moisés y á todos los Profetas el divino Viajero, descubrió á sus compañeros el misterio de las Escrituras, haciéndoles ver como todas ellas hablaban de Cristo.

Llegados á Emmaús rogáronle se quedara allí y cenara con ellos en su posada; y habiendo condescendido Jesús, estando los tres ya en la mesa, tomó en sus manos el pan, bendíjolo, cual en la Cena, lo partió, consagró en su Cuerpo adorable, y comulgó con él á sus dos convidados. Entonces abriéronse los ojos de estos, y reconocieron al Señor; que ya les habia desaparecido.

Llenos, despues de tamaño portentoso suceso, de

un santo fervor, dejaron precipitadamente la posada y el pueblo, y regresaron aquella misma noche á la capital, repitiéndose el uno al otro á cada instante: «¿Porventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando en el camino nos hablaba, y nos explicaba las Escrituras?» Los apóstoles y los discípulos de Jerusalén contaron á estos lo acaecido aquel día en dicha ciudad, como estos á aquellos, que el Señor les había aparecido en el camino y como le habían conocido en la fracción del pan. A pesar de unas aseveraciones tan formales y tan positivas, los de Jerusalén no quisieron creer á los de Emmaús. (S. Lucas, cap. XXIV)

Esta obstinación de los Apóstoles, es, repitámoslo, del todo providencial; y en este concepto da, ¿quien no lo vé? una fuerza infinita á su testimonio posterior sobre la Resurrección de Jesucristo.

VII.

Mas he aquí que estando cerradas las puertas de donde los Apóstoles se hallaban, repentinamente se les aparece Jesús, todo resplandeciente, y puesto de pié en medio de ellos les dice: «Paz á vosotros: Yo soy, no temáis.» Como empero creiesen aquellos ver un fantasma, y se llenasen de espanto, Jesús les añadió: «Porque estais turbados, y suben pensamientos á vuestros corazones?» y mostrándoles sus manos y piés, en los que había tenido á bien conservar las llagas de la Pasión, prosiguió hablándoles así: «Ved mis manos y piés, que yo mismo soy: palpad y ved: que el espíritu no tiene carne

K.

ni huesos, como veis que yo tengo.» «Mas como no lo acabasen de creer y estuviesen maravillados de gozo (todo bondad el Salvador, añadió en fin y) les dijo: «Teneis aquí algo de comer?» «Y ellos le presentaron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos tomó las sobras y se las dió»

Convinciéronse, en fin, los Apóstoles, al ver por sí mismos y tocar con sus propias manos la realidad de Cristo resucitado. Y sucediendo en ellos al exceso de su abatimiento el colmo de la alegría, prosternáronse ante el Hijo de Dios y le adoraron; con cuya ocasion les reconvinó el Salvador de su pasada incredulidad y dureza de corazón. Luego les abrió su inteligencia á fin que comprendiesen las Escrituras y dijo: «Así está escrito, (así es como lo han escrito Ysaías, Jeremías, David y Jonás etc.) y así era menester, que el Cristo padeciese, y resucitase al tercero día de entre los muertos: Y que se predicase en su nombre penitencia y remision de pecados á todas las naciones, comenzando de Jerusalem..... Paz á vosotros (la paz sea con vosotros). Como el Padre me envió, así tambien yo os envío. Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos: y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: Á los que perdonareis los pecados, perdonados les son: y á los que se los retuviereis les son retenidos.»

Adorable armonía de la resurreccion de Cristo y de la de la humanidad pecadora! El mismo día de Pascua insti-

tuye Dios Salvador la Confesion , sacramento supremo de su misericordia , y triunfo verdadero de las almas sobre el pecado y la muerte!...

Vencedor del demonio , Jesus , nos hace participar de su propia victoria , con el perdonarnos nuestras culpas por medio de los sacerdotes , á quienes ha querido comunicar todo el poder de remision que le era exclusivamente propio. De este modo , crea en los sacerdotes, ó de los sacerdotes, otros Jesus, otros Cristos, otros El mismo, unos salvadores verdaderos; los cuales envia á todos sus hermanos con la misma mision y la misma autoridad que recibiera El de su Padre. «Como el Padre me envió , así tambien yo os envio.» Que respeto no debemos tener , pues , á los sacerdotes de Jesucristo Nuestro Señor! y á sus ministros los Obispos!! y al Papa su Vicario!!! De cuanto agradecimiento no debemos sentirnos llenos por la institucion divina del sacramento de la Penitencia!

Los desdichados protestantes , salidos de la fé verdadera , se esfuerzan desesperada é inútilmente en debilitar la inmensa y viva luz de clarísima verdad que despide la famosa promesa del Cenáculo; tan terrible contra ellos algun dia , cuanto consoladora es ya para nosotros. Sin embargo , que sentido sino el católico puede descubrir nadie en estas sencillas y terminantes palabras de Cristo , ya citadas. «Á los que perdonareis los pecados , perdonados les son: y á los que se los retuviereis les son retenidos.»? (San Lucas, cap. XXIV. y San Juan, cap. XX.)

VIII.

El apostol Sto. Tomás, escondido en los afueras de Jerusalem, al oír hablar de lo que estaba pasando con Jesus, vuelto en sí del temor que le tenía amedrentado, regresó á dicha capital y fué á reunirse con sus hermanos. Apenas llegó cuando á porfía fueron refiriéndole todos que habian visto á Jesus resucitado, que habia comido con ellos, que habia aparecido varias veces y en distintas ocasiones á los Apóstoles.... Pero todo fué en vano. Tomás no les creyó, antes bien dijo: «Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré.»

Y he aquí que al octavo dia despues de Pascua, hallándose los Apóstoles reunidos orando con Tomás en el cenáculo, cuyas puertas y ventanas estaban todas cerradas, repentinamente se presenta á ellos Jesus, y volviéndose en seguida á Tomás, le dice: «Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y dá acá tu mano, métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel.»

Vencido Tomás, arrepentido de su pasada indocilidad, y lleno ya de fé, se postra y esclama: «Señor mio y Dios mio» *Dominus meus et Deus meus*. Á lo cual responde Jesus: «Porque me has visto, Tomás, has creído: Bienaventurados los que no vieron y creyeron.» (San Juan, cap. XX.)

Este es el último grado de la evidencia... Dios nos lo ha concedido, como enseña S. Gregorio el Grande, permitiendo á Tomás su incredulidad sin igual, para

que con ella se confirmara mas nuestra fé. Porque, en efecto, si se atreve alguien á negar el testimonio de los once Apóstoles, habrá escéptico que rechaze la afirmacion de Tomás?

IX.

El Salvador resucitado permaneció cuarenta dias sobre la tierra, apareciéndose frecuentemente á los suyos y hablándoles del reino de Dios, esto es, de su Iglesia. En esas supremas entrevistas fué que les dió sus últimas instrucciones acerca la predicacion del Evangelio, la organizacion del gobierno de los fieles y de la gerarquía de los Pastores, la administracion de los sacramentos y la direccion general de todo lo santo.

Durante una de esas apariciones, que tuvo lugar en la ribera del lago de Genesareth, entabló Jesus con Simon Pedro, á presencia de los demas apóstoles, este diálogo altamente instructivo y patético. «Simon hijo de Juan, (le dice) me amas mas que estos?» «Sí, Señor, (respóndele Pedro) tú sabes que te amo.» Pues: «*Apacienta mis corderos,*» dícele Jesus, y vuelve á preguntarle: «Simon hijo de Juan, me amas?» «Sí, Señor, (contesta otra vez Pedro) tú sabes que te amo.» Repítele el Maestro Divino: si es asi, «*Apacienta mis corderos.*» Y habiéndole interrogado por tercera vez: «Simon hijo de Juan, (de vera) me amas?» El príncipe de los Apóstoles, ya curado de su pasada presuncion, pero temeroso aun por su natural debilidad, todo afectado, protesta de nuevo y mas esplicitamente que

antes «Señor, tú sabes todas las cosas: tú sabes que te amo.» Entonces le mira Jesus con amor, y añade: «*Apacienta mis ovejas*» (San Juan, cap. XXI).

Los corderos de Cristo son los fieles, cuya reunion compone la Santa Iglesia; las ovejas de Cristo son los Obispos, de quienes reciben los fieles la vida espiritual. Pastores respecto de los fieles, ovejas para con los corderos, los Obispos, están ellos á su vez bajo el cayado de Pedro, Pastor Soberano acá en la tierra, y representante visible del Pastor Celestial. Tal es la gerarquía católica, establecida por el mismo Salvador en medio de los divinos esplendores de su gloriosa y triunfante resurreccion. El Pontífice Romano, sucesor de Pedro, Vicario de Jesucristo y depositario universal de su poder, enseña y gobierna sin apelacion á todos los súbditos del Reino de Dios en la tierra. Su autoridad no es en modo alguno humana, sino del todo divina, como que es la misma autoridad de Jesucristo Nuestro Señor, á él comunicada. Por esto la enseñanza del Soberano-Pontífice es infalible, y su juicio verdaderamente irreformable. Todo hombre, toda corporacion, todo poder que de él se separa, se separa de Cristo y de Dios: quien le escucha á él, á Jesus escucha; y quien le desprecia, á Dios mismo desprecia.

El Obispo debe obedecer al Papa lo propio que el simple fiel, y aun mejor que el fiel; pues su eminente vocacion le pide virtudes mas perfectas. Por medio de esta obediencia y de esta unidad de espíritu entre el Obispo y el Papa, participa el Obispo tambien de la di-

vina infalibilidad del Soberano-Pontífice, y su gobierno descansa sobre la «piedra firme.»

Por último, el sacerdote y el fiel deben un respeto el mas sumiso y filial posible al Obispo; están obligados ambos á venerar en él al mismo Cristo Pastor de los Pastores; y cometen enorme crimen si se rebelan contra su santa autoridad.

X.

El dia cuadragésimo despues de Pascua, acaeció la postrera aparicion del Salvador no lejos de Jerusalem. Allí estaban la Santísima Virgen Maria, los once Apóstoles, y mas de quinientos discípulos. Eran las doce del dia. Jesucristo, Rey Celestial, habia conducido á toda esta piadosa multitud á cierto punto del Monte de los Olivos, que la tradicion de los Lugares Santos nos ha fielmente conservado.

Llegado allí, dijo á sus Apóstoles: «Recibireis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea, y Samaria, y hasta las estremidades de la tierra.» En seguida, levantando las manos para bendecirles, Jesucristo, añadió: «Se me ha dado toda potestad en el cielo, y en la tierra. Yd, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo: Enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo.»!

Así, «cuando esto hubo dicho (el Dios hecho hom-

bre que daba un tan solemne adiós á sus apóstoles,) viéndolo ellos (cuantos componian la enumerada multitud,) se fué elevando: (lenta y majestuosamente hácia los cielos) y le recibió una nube (luminosa), que le ocultó á sus ojos.» (Actos de los Apóstoles, cap. I; y San Mateo cap. XXVIII.)

XI.

La Resurreccion y la Ascencion: dos hechos públicos, evidentemente divinos, y de una certidumbre absoluta; tal es la tercera prueba, prueba admirable, de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. (a)

(a) El lector que guste de profundizar todavía mas este dogma fundamental del Cristianismo, sírvase leer otro trabajo que publiqué mas completo sobre esta materia, y cuyo título es «Jesucristo.» Aun le será mas util consultar la famosa obra de Augusto Nicolás, llamada «La Divinidad de Jesucristo, nueva demostracion sacada de los últimos ataques de la incredulidad», que compuso ese señor cuando la aparicion de las impiedades de Renan.—(El Autor.)

Aquí repetiremos un ofrecimiento hecho en el prólogo de nuestra modesta version. El original francés de Mr. Augusto Nicolás obra en nuestro poder, y tendremos la mayor satisfaccion en prestarlo, al objeto de que se crea mas y mejor en nuestro Divino y amabilísimo Redentor Jesús.—(El Traductor.)

No resistamos, cual hacen los malos, á tanta luz... Coloquémonos mejor, sin dilacion, entre las filas de los católicos y fieles «bienaventurados» que creen sin haber visto, y que diez y ocho siglos hace no cesan de repetir á los piés de Jesucristo este grito de fé, de adoracion y de amor. «*Dominus meus et Deus meus!*» «Mi Señor y mi Dios!»

Sí, Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Señor. Al crear el mundo, lo hizo para Sí; y su Encarnacion, realizada por El en la plenitud de los siglos, es el centro de la religion, de la única religion verdadera sobre la tierra. Por Jesucristo solo, Dios desciende hasta el hombre; y por Jesucristo solo, el hombre se eleva hasta Dios. La religion no es otra cosa que la union mútua entre Dios y el hombre. Jesucristo, Hombre—Dios, es el vínculo que une á Dios con el hombre, y al hombre con Dios.

Por esto no ha habido jamás aquí bajo sino una sola religion verdadera, la religion de Jesucristo, la religion cristiano—católica; que desde el principio del mundo hasta la Encarnacion creyó en la divinidad de Cristo entonces venidero, suspiró por este Rey—Salvador, esperó en El, le amó y adoró; y que despues de la Encarnacion, mas brillante aun y mas viva que en los siglos anteriores, proclama la Divinidad de Jesucristo como el dogma primero y fundamental sobre el que todo descansa.

En Jesucristo solo, puede el hombre conocer y encontrar á Dios. Negar la Divinidad de Jesús, es, en

práctica, negar á Dios mismo. Aquel á quien se diese culto prescindiendo de Jesucristo, no seria el Dios vivo y verdadero; sino una quimera de la imaginacion. El Dios de los incrédulos y de los infieles, no existe.

Viva y reyne, pues, para siempre Nuestro Señor Jesucristo en el universo y en nuestros corazones! Hínque ante El la rodilla toda criatura del cielo y de la tierra! Ay del hombre que no cree en Nuestro Señor Jesucristo! «Ya ha sido juzgado: (dice el Evangelio) porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios!» (San Juan, cap. III, vers. 18.) Pero, ay, sobretodo de aquellos Judas, que ocultando su impiedad bajo el manto de un respeto hipócrita, fingen venerar á Cristo «para no adorarle»; y que entregan al Hijo de Dios, dando al Hijo del hombre un beso infame!!!

CONCLUSION PRÁCTICA.

Ahora, pues, muy amado lector, saca tú mismo la conclusion práctica de lo que acabas de leer.

Siendo Nuestro Señor Jesucristo con toda realidad el Dios vivo, manifestado á los hombres por medio de la Encarnacion, nuestro primer deber es creer en El, adorarle, amarle, orarle y obedecerle.

Como El ha encargado al Papa y á los Obispos, Pastores de su Yglesia, que nos enseñen á todos su Divina Religion, é instruyan en cuanto debemos creer y obrar para salvar nuestras almas, preciso es además hacernos, si no lo somos ya, buenos y fieles Católicos.

Si vives alejado de la práctica de tus deberes religiosos, vuelve á ellos sin demora; conviértete, y recobra la amistad de Jesucristo con un arrepentimiento sincero y una buena confesion.

Purificado ya, véte á recibir la Sagrada Eucaristía, donde Jesús te espera para llenarte de sus divinos consuelos, y darte la virtud de la perseverancia.

Y cuando la Santz. Comunion haya así coronado la obra de tu regreso á Dios, no faltes en mantener, alimentar y fortificar en tí cada dia la vida nueva empezada y los propósitos de seguirla, por medio de la oracion, y principalmente por la frecuente recepcion de los Sacramentos. Tambien debes irte instruyendo de continuo en religion; porque, sabido es, que la religion cuanto mas se conoce, mas se aprécia; cuanto mas se apré-

cia, mas se ama; y cuanto mas se ama, tanto mas se ejerceita con gozo y fruto.

Hazlo de este modo, lector querido, y verás, por una esperiencia lisongera, que, no obstante la sublime perfeccion de la católica fé nada hay mas fácil que practicarla; porque Nuestro Divino Salvador sabe muy bien trocar y recompensar todos los sacrificios con dulzuras, realizando cada dia en obséquio de sus verdaderos discípulos, estas halagueñas promesas del Evangélio. (San Juan, XI; 28, 29 y 30.)

« Venid á mí

Todos los que estáis trabajados, y cargados,
Y yo os aliviare,

Traed mi yugo sobre vosotros,

Y aprended de mí, que manso soy, y humilde
de corazon:

Y hallareis reposo para vuestras almas.

Porque mi yugo suave es,

Y mi carga ligera. »

FIN.

INDICE

DE MATERIAS.

	Páginas.
	—
Capítulo I. Los Evangelios..	9.
Cap. II. Jesucristo es Dios. Lo que El ha dicho de Sí mismo.	16.
Cap. III. Jesucristo es Dios. Lo prue- ba con sus milagros.	29.
Cap. IV. Jesucristo es Dios. Pruéba- lo con su Resurreccion y su Ascension.	42.
Conclusion práctica..	63

DECRETO

que S. S. I. el Obispo de esta Diócesi se ha servido expedir para la aprobacion y recomendacion del presente opúsculo.

«OBISPADO DE MENORCA.—CIUDADELA 1.º DE SETIEMBRE DE 1869.—Habiendo visto y examinado la preciosa Obrita dada á luz por Monseñor de Segur con el título de LA DIVINIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO», y traducida del francés al castellano por el Licenciado D. Francisco Cardona y Orfila presbítero, declaramos que no solo nada hemos encontrado en ella que sea contrario á la sana doctrina católica, sino que juzgamos de suma utilidad é importancia su publicacion para disipar las dudas y errores que la moderna incredulidad esparce á manos llenas en los ánimos contra el dogma fundamental de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo; y en consecuencia despues de haber dado anticipadamente nuestro permiso y licencia para que se imprima, recomendamos encarecidamente su lectura á nuestros amados diocesanos para mayor firmeza de su fé y edificacion de su piedad.

MATEO, *Obispo de Menorca.*»

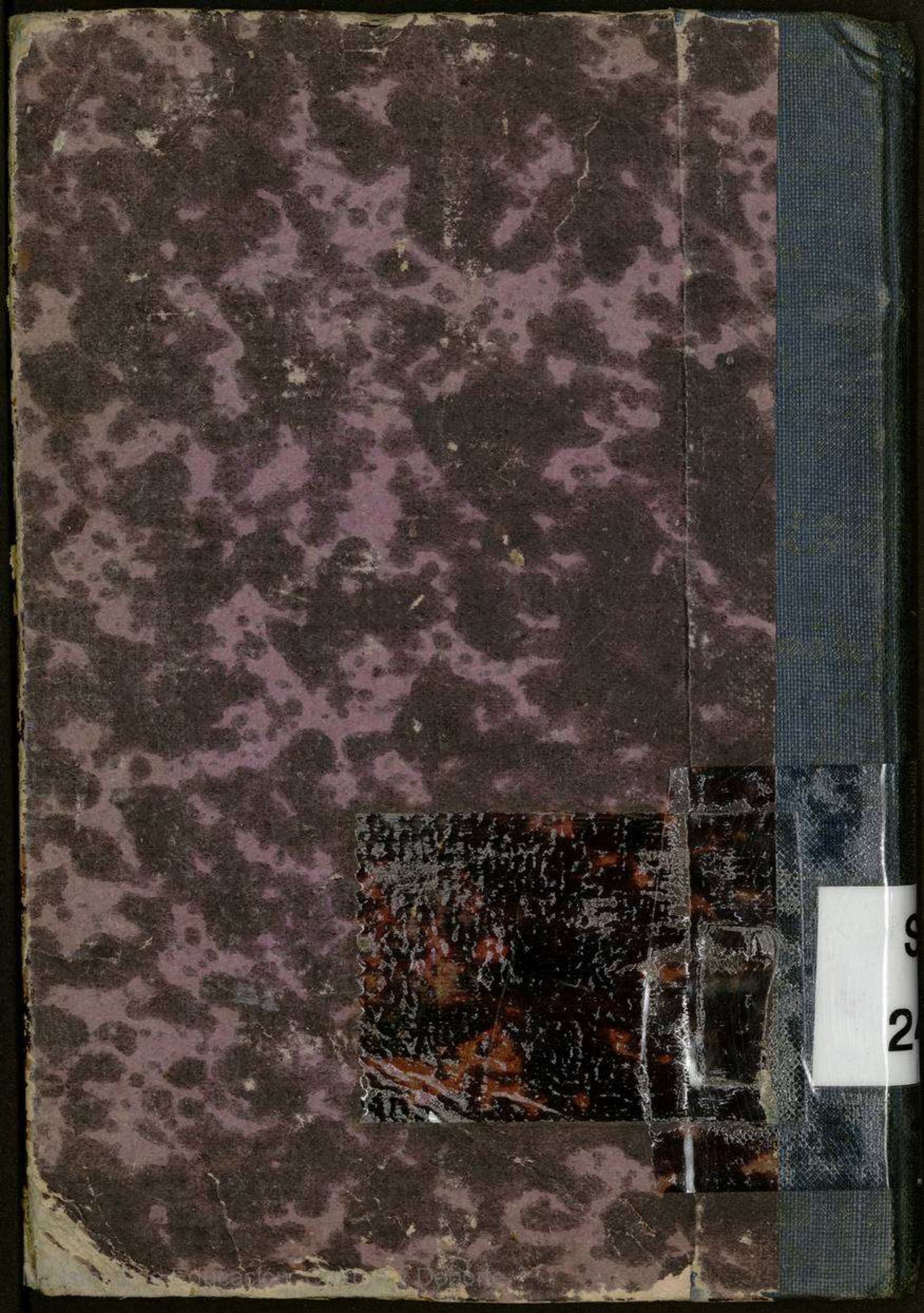
FÉ DE ERRATAS

PAGS.	LINEA.	DICE.	DEBE DECIR.
9	4	Capítulo	Capítulo
12	22	y entusiasmo	y el entusiasmo
13	6	anunicamos	anunciamos
14	última	viendóles	viéndoles
15	1 ^a	per persuasion	persuasion
15	24	abrirlocon	abrirlo con
15	última	pnblicada	publicada
16	7	Que dice: tí mismo?	Qué dices de tí mismo?
16	última	un hombre po	un hombre pobre.
24	25	sinomi	sino mi
33	20	ñinos	niños
33	25	tobrado	sobrado
33	28 y 29	crearriz	creatriz
35	última	dlvinidad	divinidad
44	22	los guardias	los guardas
45	9	los guardias	los guardas
47	2 ^a de la nota	íucrédulos	incrédulos

FE DE ERRATA

FE DE ERRATA	FE DE ERRATA	FE DE ERRATA	FE DE ERRATA
1	2	3	4
5	6	7	8
9	10	11	12
13	14	15	16
17	18	19	20
21	22	23	24
25	26	27	28
29	30	31	32
33	34	35	36
37	38	39	40
41	42	43	44
45	46	47	48
49	50	51	52
53	54	55	56
57	58	59	60
61	62	63	64
65	66	67	68
69	70	71	72
73	74	75	76
77	78	79	80
81	82	83	84
85	86	87	88
89	90	91	92
93	94	95	96
97	98	99	100





9
2

SN

244

1115